

El 12, el 13 y el 14 de abril de 1931, vistos desde París

LOS TIPOS DE LA COUPOLE

El 11 de abril, por la noche, Prieto, el general Queipo de Llano y algunos otros emigrados estuvimos en La Coupole... Me cuento entre los emigrados—emigrados políticos quiero decir—sin verdadero derecho. Ni el Gobierno monárquico me perseguía ni yo le había dado motivo para que me persiguiera. Había ido a París a principios de febrero, enviado por "Ahora", a que me explicaran los líderes republicanos, expatriados después del movimiento de diciembre, cómo habían conseguido escapar de España. Hice una porción de entrevistas: a Prieto, a Marcelino Domingo, al general Queipo de Llano, a Franco, a Graco Marsá, al capitán Gallo, a Ramón Acín...; aunque "Ahora" no pudo publicarlas todas. Esta relación profesional con los emigrados me habituó a convivir con ellos, y llegué a ser uno más en el grupo de españoles que, con Prieto al frente, vagaba por París, de café en café, del Capoulade al Napolitain, del Napolitain a La Rotonde, de La Rotonde a La Coupole... A La Coupole de Montparnasse le teníamos más afición que a los otros. Es una cosa así como el Colonial, de Madrid, sólo que más grande y poblado por criaturas más pintorescas todavía. Menos franceses hay de todo: revolucionarios italianos, pintores españoles, estudiantes indochinos, confidentes fascistas, rusos de Stalin, rusos de Machno, rusos de Kersenski, rusos de Trotsky, rusos del gran duque



La tertulia de los emigrados en el Café Napolitain.

Cirilo, poetas de América del Sur, judíos de profesión confusa, diplomáticos albaneses, espiritistas, muchachitas afectuosas, condes polacos... Prieto estaba a gusto entre esta humanidad desconcertada y turbulenta. Como buen español, "don Inda" tiene un fondo anarquista, antisocial, y siente simpatía por los tipos desbaratados que escandalizan en medio de la vida burguesa contemporánea. Una vez nos presentó a un señor, con el pecho lleno de condecoraciones extrañas, que bebía aguardiente de un modo majestuoso, y de cuando en cuando quería subirse a las mesas a cantar romanzas. Decía que era "teniente general de boy scouts". Otra vez le encontramos escuchando atentamente a un individuo, con chalina y chambergo bohemio, sentado en una mesa inmediata, que se le quejaba de que en nuestra

tertulia no nos lleváramos alguna cucharilla, lo que hacía a los camareros desconfiados e intolerantes para los parroquianos de los alrededores.

—¿Por qué han de devolverlas ustedes todas, señor?

Don "Inda", muy serio, nos excusaba:

—Pchs... Es una antigua costumbre española...

El día que entre Carlos Esplá y yo le acarreáramos para secretario al caballero Carriba lo hicimos feliz. El caballero Carriba había ejercido, sucesivamente, las profesiones de fraile en un convento de Getafe, publicista y sociólogo en la Granja El Henar, de Madrid, y profesor de lenguas neolatinas del hijo del amo de un restaurante chino en París. En los últimos tiempos se ganaba la vida haciendo de indigente en las películas. Cuando en los estudios cinematográficos necesitaban una persona que hiciera de obrero inglés en la miseria o de niño ruso abandonado, lo llamaban a él y le pagaban cien francos. Llevaba melena, hongo y botines...

LAS INQUIETUDES DE DON "INDA"

Pero hablando de La Coupole se me ha ido el santo al cielo... Decía que el 11 de abril estuvimos allí, tomando café, Prieto, el general Queipo de Llano y algunos otros españoles. Luego Prieto y yo nos fuimos a la Central de Teléfonos de la Bolsa; don "Inda" acudía allí casi todas las noches a hablar con la Redacción de "El Liberal", de Bilbao, y a dictar su artículo, y, claro está, la víspera de las elecciones, la conferencia y el artículo tenían más interés que los demás días.

Hacia una noche muy buena y decidimos recorrer a pie los dos o tres kilómetros que debe de haber de Montparnasse a la plaza de la Bolsa.

Prieto no estaba de buen humor. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, la cabeza baja, silbando no sé qué musiquilla.

Como era sábado y hacía buen tiempo, "la orilla izquierda" estaba animadísima. En las terrazas de los cafés, bajo los altavoces, que cantaban "Sous les toits de Paris", se apretujaban muchedumbres abigarradas: familias burguesas, peripatéticas, manadas de ingleses venidos a pa-



Prieto ante un quiosco de periódicos del boulevard Saint-Michel.